

CASTEJÓN, MÉDICO Y ARABISTA

ANTONIO ARJONA CASTRO
ACADÉMICO NUMERARIO

En estas fechas en que se conmemora el nacimiento de D. Rafael nadie ha escrito o dicho que fue su faceta de historiador y arabista la que le dio fama nacional e internacional. Hace unos días he comprado la traducción española del volumen III del famoso *al-Bayan al-Mugrib* del cronista magrebí Ibn'Idari, crónica cuyo texto árabe editó el arabista francés Emilio Levy-Provençal en 1937. Pues bien, el profesor Felipe Maíllo, autor de dicha versión, entre la poca bibliografía que cita, está en lugar destacado el famoso trabajo de D. Rafael sobre la "Córdoba califal" publicado en el n.º 25 (1929) del *Boletín* de nuestra Real Academia. Dicho artículo marcó un hito en los estudios sobre Córdoba musulmana. Numerosos estudios de la España musulmana, entre los que destaco a Rodrigo Amador de los Ríos, habían señalado la imposibilidad de restablecer la situación de la Córdoba califal. El referido arabista y hebraísta llegó a escribir lo siguiente: "nadie podría hoy designar dónde daba comienzo y dónde terminaba la al-medina y cuál era la extensión de cada uno de sus suburbios...". Pues bien, D. Rafael fue el primer arabista en hacerlo. Para conseguirlo utilizó varias fuentes:

Lo primero que hizo fue un estudio de las traducciones españolas y francesas de numerosas fuentes árabes entre las que destaca: la edición de Julián Ribera y Tarragó de la obra de Ibn al-Qutiya sobre la historia de la conquista de al-Aldalus, la edición y traducción española del *Ajbar Maymu'a* por Emilio Lafuente, la traducción francesa de Dozy y De Goeje de la obra de al-Idrisi, la traducción española de la obra de al-Maqqari por Pascual Gayangos, la traducción española de la obra de an-Nuwayri por Mariano Gaspar y Remiro, la traducción española del *Fath-l-andalusi* por González, la traducción francesa de Fagnan del II volumen de *al-Bayan al-Mugrib* de Ibn'Idari, las obras de Simonet y así un largo etc. Todas estas obras las vi y consulté en su biblioteca en su casa de la calle Ramírez de las Casas-Deza; Don Rafael era un hombre generoso, de tal modo que cuando empecé mis trabajos sobre las "coras" andaluzas me ofreció su biblioteca sin los celos de otros arabistas. Pude fotocopiar las obras que quise, recuerdo que en aquellos días

me encontré sin abrir en su biblioteca el texto árabe del *Muqtabis* de Ibn Hayyan enviado por su editor el Dr. Abdulrahman Ali al-Hayyi desde Bagdad, obra que traducida al español publicó de prisa y corriendo D. Emilio García Gómez, con el título de *Anales palatinos de al-Hakam II*. Pues bien, D. Rafael me confesó que no sabía mucho de árabe y por eso ni quiera la había abierto; me invitó a que me llevara dicha obra, le abriera las páginas y la fotocopiara. Dicha fotocopia todavía la conservo y me ha sido muy útil para identificar varios topónimos que tanto D. Emilio como el Dr. al-Hayyi no hicieron y que dieron lugar a una fuerte polémica entre D. Emilio y el Dr. al-Hayyi.

La segunda fuente de datos utilizada por D. Rafael fue la arqueológica. Estudió arqueológicamente el terreno que ocupó aquella Córdoba califal pateándose palmo a palmo todos los predios de los alrededores de Córdoba, no como otros arqueólogos de salón que hemos conocido últimamente en Córdoba.

Una tercera fuente de datos fue el estudio exhaustivo de los historiadores locales como Ramírez de Arellano, Sánchez de Feria, Pedro Díaz de Rivas, Ambrosio de Morales, etc. en busca de hallazgos arqueológicos de siglos anteriores y de citas históricas medievales referentes a la Córdoba medieval cristiana.

Es lógico que muchas de sus identificaciones no fueran exactas pero marcaron un punto de partida de otros estudios. Sólo cuando últimamente las máquinas excavadoras han exhumado gran parte de los restos arqueológicos de aquella Córdoba musulmana, he podido rectificar los datos de su trabajo. Este artículo y otros posteriores como “Una Córdoba desaparecida y misteriosa”, “Monasterios de la Sierra de Córdoba”, etc., todos publicados en el *Boletín* de la Real Academia, le dieron fama a él y de paso a nuestra Real Academia, fama no sólo local sino nacional y mundial. He mantenido correspondencia con numerosos arabistas del mundo a los que D. Rafael en los últimos años de su vida recomendó que se dirigieran a mí en lugar de a él para contestarles a preguntas relacionadas con los estudios sobre la Córdoba califal. Una de estas arabistas fue la profesora Rachel Ariè de Paris a la que conocí personalmente hace poco en un congreso internacional de arabistas.

D. Rafael invitaba en su casa a muchos de los arabistas que pasaban por Córdoba pues tenían especial interés en conocer su espléndida biblioteca y no se marchaban de nuestra ciudad satisfechos si no visitaban a D. Rafael. Esta es la faceta más importante que hay que destacar en este centenario de su nacimiento, aparte de su generosidad con la Real Academia durante los años en que fue director, como ha señalado D. Ángel Aroca.

Por último tengo que decir que algunos me habrán oído decir que D. Rafael Castejón no sabía mucho de la lengua árabe. Debo responder que eso no le resta ningún mérito, pues otros historiador de la España musulmana, D. Claudio Sánchez Albornoz, le pasaba otro tanto y sus estudios de historiografía hispano-árabe todavía no han sido superados. D. Rafael conocía perfectamente las fuentes árabes tanto por sus traducciones españolas como francesas y toda la literatura hispano-árabe. Todo lo hizo por su amor a Córdoba. Gracias a sus estudios, la Córdoba histórica y eterna volvió a renacer de sus cenizas. Si nuestra ciudad supiera administrar este patrimonio arqueológico e histórico asistiríamos a un renacer de nuestra ciudad como punto de encuentro no sólo de arabistas e histo-

riadores, sino de numerosas asociaciones profesionales, médicos, arquitectos, humanistas, etc. que sienten en profundidad conocer un capítulo apasionante de nuestra historia. D. Rafael Castejón fue uno de los primeros en asumir como nuestra la historia de los cordobeses que vivieron en la Córdoba califal, fueran musulmanes, judíos o cristianos. Es importante señalar que durante varias décadas algunos historiadores quisieron ver en la vida de los mozárabes el germen de un nacionalismo español de esta época. Francisco J. Simonet, en su obra *Historia de los mozárabes*, defendió la idea de que los mozárabes, como cristianos que eran, constituían la verdadera esencia del ser español, habiendo escapado al triste destino de quienes se habían convertido a “la superstición mahometana”. Esta orientación histórica ha tenido una larga vida y aún persiste, aunque atenuada en su expresión. Todavía a finales de los años 40, Isidro de las Cagigas publicaba una monografía sobre los mozárabes en la que se insistía en la presencia de un “nacionalismo español en época musulmana; la reimpresión de la obra de Simonet puede desorientar al lector poco avisado y puede creer, tras su lectura, que en los “infelices mozárabes” se hallaba el germen de una historia de patriotismo y esencias hispánicas. Para Simonet, escribe la arabista Manuela Marín, los muladíes son renegados y la cultura árabe-islámica algo atrasado y grosero, sin más “fondo y carácter propio que la absurda teología y despótica legislación alcoránica. Estas ideas, que todavía cultivan en Córdoba un grupúsculo de racistas, hirieron y hieren las sensibilidades del historiador moderno, y por supuesto la de D. Rafael Castejón, idea que él supo superar hace ya más de medio siglo.

Indudablemente que tampoco nuestro homenajeado llegó a adoptar la actitud contraria de considerar, como algunos ignorantes hacen, que nuestras raíces históricas están en el Islam por el hecho de que en la civilización hispano-árabe, donde Córdoba llegó a ser la capital cultural del mundo occidental, predominaban los individuos de religión musulmana. Es lo mismo que decir que nuestras raíces están en el paganismo por ser la religión imperante en la *Córdoba* capital de la Bética.

Por último, debo decir que D. Rafael fue médico, obtuvo el grado de licenciado en la Facultad de Medicina de Cádiz, de Universidad de Sevilla, con fecha de 3 abril de 1926, se colegió en el Colegio de Médicos de Córdoba con fecha de 4 de enero de 1928 como médico sin ejercicio. D. Rafael me decía personalmente que en su laboratorio también se hacían análisis médicos.

El último discurso de ingreso a que constestó en su larga vida académica fue al mío, el 17 de julio de 1981, publicado en el *Boletín* n.º 101 (1980). Sirvan estas páginas de recuerdo y homenaje en el I Centenario de su nacimiento.